

---

## PRÓLOGO.

---

**H**ACE poco, me atreví á decir que el *Romancero Nacional*, de Guillermo Prieto, habia cerrado el ciclo de la poesía puramente lírica en México. Entónces, no presumia yo que el ejemplo dado por el viejo poeta era seguido de muy cerca por un inspirado jóven mexicano, que con robusto aliento daba cima á otro trabajo épico, aunque en diversa forma y con diverso asunto que el *Romancero*.

Este jóven mexicano es Eduardo del Valle, ya ventajosamente conocido en el mundo de las letras, y su obra es "*Cuauhtemoc*," poema dividido en nueve cantos, con Introduccion é Invocacion, y escrita la primera en romance endecasílabo y lo demas en sonoras y correctas octavas reales,

que fueron muy aplaudidas en el "Liceo Hidalgo" cuando su autor, que es miembro de esa corporacion literaria, les dió lectura en varias sesiones.

Al hablar del *Romancero*, hice notar, porque esto era indispensable, que la forma de esa especie de Epopeya cultivada por Prieto, era la natural, colectiva y democrática, aunque hecha por un solo individuo, lo cual le daba un carácter excepcional.

"La Epopeya entera de los once años de lucha por la Independencia, decia yo, se niega, á causa de su mismo carácter, á ser encerrada en un solo poema de limitadas dimensiones. Muchos de sus episodios y muchos de sus héroes sí se prestan admirablemente al poema individual, sujeto á las unidades clásicas. Pero abrazar el conjunto era imposible, bajo el imperio de estas reglas."

"Guillermo Prieto las dejó aparte, y deseoso de reunir en su obra todos los recuerdos heróicos de la insurreccion, como se enlazan en un hilo centenares de perlas, ó como se engarzan en una diadema puñados de diamantes, de rubíes y de zafiros, se ha limitado á conservar como unidad la narracion histórica, y como resorte constante

el amor á la Patria, dividiendo su vasta coleccion en pequeños romances, como en el *Romancero del Cid* y el *Romancero de romances moriscos*, verdadera y legítima expresion de la poesía épica española."

"De manera que Prieto ha realizado, por la primera vez quizás, una cosa que siempre pareció árdua y difícil, esto es, ha creado la epopeya artificial con todos los caracteres de epopeya natural, colectiva y democrática."

"Hasta aquí, ésta habia sido como un panal formado por muchas abejas. Pues en el *Romancero Nacional*, el gran poeta mexicano ha sido la única abeja constructora y surtidora de miel. Es sin duda alguna el primer ejemplo que se presenta de una obra literaria de ese género."

Ahora bien: Eduardo del Valle, tomando otro asunto, que por su naturaleza se prestaba á llenar las condiciones de unidad que se requieren en el poema épico, ha hecho el suyo, dotando con él ricamente á la Literatura Nacional.

La Poesía mexicana está, pues, de plácemes. A la Epopeya colectiva y democrática ha seguido la Epopeya individual, en ménos de un año, y al gran asunto de la guerra de Independencia,

que es el objeto de aquella, ha sucedido el gran asunto de la Conquista de México, que es el objeto de ésta.

Los dos asuntos más altos y más grandiosos á que pueden dirigirse las miradas del poeta épico, dignos los dos de figurar al lado de la Iliada, de la Jerusalem y de los Edas, y capaces por sí solos de glorificar, tanto á la antigua como á la nueva nacionalidad mexicana.

Porque hablando con absoluta verdad, y juzgando con recto y sereno criterio, nada hay en nuestros recuerdos, nada existe en nuestros anales antiguos y modernos que constituya tanto un blason de legítimo orgullo y de indisputable honor, como la heroica defensa de la antigua metrópoli azteca contra los españoles y sus aliados, en el siglo XVI, y como la guerra de Independencia á principios del presente, merced á la cual se sacudió el yugo de la dominacion española, y se formó la nueva nacion libre y soberana, que por una justicia del Destino, y como por acatamiento á la única ciudad que comprendió á la Patria, y supo representarla dignamente en los antiguos tiempos, ha sido denominada por la opinion universal con el nombre de *México*, teniendo á

mucha honra los hijos de este país el llamarse *mexicanos* más bien que tlaxcaltecas, huexotzincas, tezcocanos ó neo-españoles.

He hablado largamente en el prólogo del *Romancero Nacional* del asunto de éste y de su forma; voy ahora á decir unas cuantas palabras acerca del poema *Cuauhtemoc*, de su grandioso objeto y de su feliz y acertada ejecucion.

Ciertamente nada se prestaba á la concepcion épica, ántes de nuestra Independencia, como la defensa de México por el último *tlacatecuhtli*, digno de parangonarse con los héroes más renombrados y más asombrosos de que haga mencion la Historia, tanto en los tiempos pasados, como en nuestros días.

Por un fenómeno inconcebible, pero que se explica con el éxito de la Conquista, con la dominacion española, que fué su consecuencia, durante largo tiempo, y con el hecho de haber escrito la historia de aquellos sucesos ó bien los mismos conquistadores ó sus parciales y compatriotas, aquella guerra de invasion se presentó como gloriosa solamente para España y sus soldados. No hubo en ella por entónces más héroes que Cortés y sus compañeros, á quienes la cre-

dulidad de los pueblos engañados se complacia en figurarse con los atributos maravillosos que la imaginacion antigua concedia á los semidioses, ó que la ilusa fantasía de la Edad Média daba á los engendros caballescicos que abortaban la supersticion y la ignorancia.

Desde los primeros dias de la conquista, lo vasto y rico del territorio poseido á tan poca costa, lo inesperado del éxito, la necesidad de mentir para cohonestar horrendos crímenes y ganar fama en el viejo mundo, lo remoto de este país, la predisposicion de los espíritus en Europa para creer fábulas, excitados, como estaban, con los descubrimientos en un mundo desconocido, y la insolente procacidad de los aventureros para abultar sus proezas y justificar su sed insensata de oro, único móvil de su conducta; todo esto, digo, fué parte para que se desnaturalizaran los hechos, y para que en el dominio de la tradicion vulgar, oscurecido adrede, se alzasen ídolos falsos que nadie se atrevió á derribar.

Los indios de la brava tribu mexicana, únicos que hubieran podido protestar contra este tejido de exageraciones y de consejas, habian perecido heroicamente en la defensa de su ciudad, y sus

miserables restos, ó vagaban errantes en las seranías, ó estaban reducidos al silencio y á la desesperacion. Los indios de las numerosas tribus auxiliares del conquistador y que habian sido testigos de los sucesos, no se atrevian en presencia de su aliado, convertido en terrible dominador, á desmentirlo, y, ó contribuian con alabanzas serviles á robustecer la fábula con tal de obtener una migaja de la triste gloria que habian ambicionado, ó envolvian en obstinado mutismo el despecho de que se sintieron devorados, tan luego como comprendieron que no habian hecho más que cambiar de tiranía, empeorando en situacion.

De este modo, y por motivos tan diversos como eficaces, el conocimiento verdadero de los hechos fué perdiéndose poco á poco, la credulidad llegó á ser la clave del criterio, las narraciones de la conquista tuvieron mejor suerte que los libros de caballerías que infestaban la literatura europea, y la Leyenda acabó por suplantar á la Historia.

De aquí el que pasaran sin exámen de una edad á otra las ponderaciones más monstruosas, los incidentes más inverosímiles, las ficciones de com-

bates, como por ejemplo los que se supusieron ántes de entrar Cortés en Tlaxcala, desmentidos despues por informaciones auténticas, autorizadas por el Consejo de Indias y por Felipe II, la conspiracion de Cholula y la insensata exageracion de la insignificante escaramuza, conocida despues con el pomposo nombre de batalla de Otumba, tan fabulosa, que se tuvo necesidad de acudir á la intervencion del apóstol Santiago para hacerla pasable, aun en la misma leyenda.

De ahí tambien el que las glorias del sitio de México para los conquistadores tomaran proporciones colosales, lo que es verdaderamente pasmoso, pues del relato de los mismos actores interesados en realzar su mérito, se deduce claramente que no tuvieron ninguna, porque no ha sido glorioso jamas para ningun ejército fuerte de cerca de doscientos mil hombres, y armados muchos de ellos con armas de fuego, detenerse setenta y cinco dias delante de una plaza pequeña, desprovista de elementos y defendida por un puñado de hombres armados de palos y de piedras. Más claro, no pudo haber gloria para el conquistador europeo, cuando apoyado en un ejército tambien europeo, armado con espadas de

acero, escopetas y mosquetes, teniendo además cañones, pólvora y balas; contando con el auxilio espontáneo y entusiasta de todas las tribus guerreras del oriente y centro del antiguo Anáhuac, animadas por el odio de una rivalidad secular y en número de ciento ochenta mil hombres; dominando el lago, es decir, toda la parte oriental de la ciudad con una flotilla de trece bergantines; á pesar de todas estas ventajas, repito, se vió obligado á combatir durante setenta y cinco dias con un pueblo pequeño armado de macanas y de palos, diezmado por el hambre y por la peste, y á quien, por último, no venció sino arrasando su ciudad palmo á palmo, para poder ocupar despues un monton de escombros y de cadáveres.

Si alguna gloria hubo que recoger en ese sitio, y hubo mucha, no fué para los sitiadores, sino para los sitiados, y si algun héroe se eleva grandioso y sublime en los anales de esa guerra, no fué ciertamente Cortés, á quien protegian los mismos Númenes extranjeros é indígenas, es decir, el fanatismo religioso y la codicia por una parte, y todas las Furias del odio local por otra; no fué Cortés acaudillando á diez ó más nacionalidades sublevadas contra una ciudad ántes do-

minadora, y que no estaban unidas por la noción de la Patria, sino por el rencor contra la tribu victoriosa; fué sí Cuauhtemoc, el jóven general que encontró un poder moribundo quebrantado en su prestigio por la cobardía y la imbecilidad de Moctezuma; que si recogió la macana victoriosa de Cuitláhuac, la recogió en el lecho de muerte de este gran jefe, herido por ese negro auxiliar de los españoles, la viruela, en medio del desaliento general; que tuvo que improvisarlo todo de nuevo, desde el patriotismo hasta la defensa; que llamó, en vano, á la puerta de todos los aliados y de todos los cohabitantes del territorio; que vió sin palidecer alzarse en su contra á mil pueblos enemigos, sedientos de venganza por agravios de que no era responsable; que midió la enorme superioridad de su enemigo y aun así lo esperó resuelto; que desafió todas las calamidades del hambre y de la peste; que no consultó á la esperanza, sino al valor y al honor; y que hasta el último instante, abandonado del cielo y de la tierra, permaneció inquebrantable, firme, altivo, desdeñoso, así para las ofertas del enemigo, asombrado de tamaña grandeza, como para las amenazas del odio humillado y vengativo.

Éste sí es el héroe de la Conquista de México, y no confesarlo, indicaria, ó una parcialidad injustificable, ó una falta completa de sentido comun.

Verdad es: que la Conquista se consumó, y debe advertirse para que la palabra no tenga mayor extension que la merecida, que se trata de la conquista de la *ciudad de México*, no del territorio que hoy se conoce con el nombre de tal, porque la gran parte de él, poseida por los españoles hasta el sitio de México, habia sido entregada por los mismos indios y no conquistada por los españoles, y la que se poseyó despues por éstos hasta formar lo que se llamó Nueva España, no fué conquista de Cortés exclusivamente, ni de su tiempo, ni tuvo glorias que ofrecér á los invasores.

Así es: que la *Conquista de México* debe entenderse "Ocupacion de la ciudad de México," y no conquista de todo el territorio, como se ha comprendido hasta hoy, en el concepto vulgar, lo que no ha contribuido poco á dar á los aventureros españoles del siglo XVI un tamaño fabuloso.

Verdad es tambien que Cortés triunfó al fin, de los defensores de México, y logró con ello el éxito de su empresa; pero inútil es decir, que no

todo éxito tiene gloria, ni todo triunfo es heroico. Y si se consintiera en este absurdo, los españoles deberian comenzar por borrar de su antigua historia como blasones de orgullo los nombres de Sagunto y de Numancia, y cuidado, que Anibal y Escipion no contaban con la ventajosa posicion de Cortés en el sitio de México.

En hora buena que los criados de Cortés y de su familia, como Gomara y Alaman, ensalcen hasta las nubes las proezas del célebre aventurero, poniéndolas muy por encima de las de Cuauhtemoc y de sus mexicanos; que Ixtlilxochitl, tan servil y adulador como su antepasado el auxiliar de Cortés, haya pretendido doblar con sus mentiras el precio de la traicion tetzcocana; que Solís haya querido convertir la fábula en Epopeya, revistiendo con la gracia de su estilo lo grosero de su urdimbre; que aun Prescott, el Solís yankee, contrariando su vocacion que lo arrastraba al camino más franco de su compatriota Cooper, haya querido novelar la Historia, aceptando las consejas sin tomarse el trabajo de analizarlas; que la leyenda, por último, haya dominado por más ó ménos tiempo sin otros obstáculos que tímidas contradicciones; la verdad se hace lugar, al fin,

y la justicia acaba por dar á cada uno lo que es suyo.

El mundo moderno sabe ya cómo han escrito la historia los antepasados del baron de Bazancourt, y conoce los resortes que hacen mover la pluma de los cronistas domésticos.

El criterio de nuestra época es más severo, y no acepta las afirmaciones de nadie sin someterlas á un procedimiento riguroso de exámen y de comprobacion. Para ello, á veces no necesita ni de la aparicion de nuevos documentos ó de datos ántes desconocidos. Bástanle para reconstruir los sucesos, los que tiene á la vista, los consagrados por la tradicion, los mismos aceptados, como guía infalible por esos carneros de Panurgo, que son los que se encargan siempre de perpetuar en el dominio de la opinion comun los errores, las supersticiones y los disparates.

Ahora bien: para formarse una idea verdadera de los hechos de la Conquista, bástannos solamente los documentos primitivos, esas mismas narraciones interesadas é incompletas, entre cuya maraña de contradicciones y de falsedades, podemos encontrar los cabos del hilo que nos conduzca al terreno de la certidumbre.

Estos documentos son los que nos han dejado algunos testigos y actores en la Conquista, como Cortés, Bernal Diaz del Castillo, Andrés de Tapia y otros, ó los misioneros enviados á Nueva España en los primeros tiempos, como Toribio de Benavente (Motolinía) y Sahagun, ó á fines del siglo XVI y principios del XVII, como Acosta, Dávila, Mendieta y Torquemada, y algunos escritores indios como Duran, Tezozomoc é Ixtlilxochitl; y aunque es verdad que estos escritos se encuentran muchas veces en abierta contradiccion unos con otros, como lo hace notar con tanta justicia uno de los hombres más versados en nuestra historia, el Sr. Bandellier, y lo han advertido tambien varios historiadores mexicanos de nuestro tiempo, es muy cierto que ellos suministran los datos suficientes para rectificar las opiniones antiguas.

Así: á medida que se estudia con mayor detenimiento y con mejor instinto de justicia esta coleccion de testimonios, se comprende fácilmente lo absurdo del concepto vulgar respecto del gran suceso de la Conquista de México. Aquilatando los hechos y juzgando á los actores por sus propias afirmaciones, la opinion acerca de

Cortés cambia radicalmente. El héroe se desvanece en el proceso, y aparece en toda su desnudez, el bandido; un bandido astuto, audaz, mañero, á quien favoreció la fortuna y coronó el éxito, pero siempre un bandido. Y nada importa que obtuviese, merced á sus informes, y á la ofrenda de una colonia sometida por sorpresa, el título de marqués; porque eso no es raro; ni que se improvisara una riqueza colosal con el producto de sus rapiñas y con el despojo de los vencidos; porque era natural; ni que fuese ensalzado por plumas venales y adulado por la opinion engañada ó seducida; lo cual tampoco tiene nada de extraordinario.

La verdad es que la fortuna no es el heroísmo. Si lo fuera, tendríamos que convenir en que si Raousset de Boulbon en México y Walker en Centro-América hubiesen triunfado, serian más héroes que Cortés, porque al ménos ellos peleaban con armas iguales y no contaban con auxiliares numerosos en los países que invadian. Y no; Raousset y Walker fueron bandidos, no porque fracasaron, sino porque fueron bandidos. Los españoles mismos, en tiempo de la dominacion colonial, no quisieron llamar héroe á Lorencillo,



y sin embargo, Lorencillo fué un pirata victorioso, y á fe, que más arriesgado y más valiente que Cortés.

Y no se diga que el hecho mismo de haber introducido en estas comarcas la civilizacion europea es bastante para engrandecer al aventurero español, porque este hecho, que se debe á causas muy complexas y numerosas, entre las que figura la toma de México como principal, pero no como única, nada tiene que ver con el heroísmo. Cortés no fué tampoco el único conquistador. Prescott, el panegirista de Cortés, dice terminantemente: "*El Imperio indio, puede decirse, que fué conquistado por indios.*" Es la verdad. Tampoco puede alegarse que Cortés fué un libertador de los vasallos oprimidos de México, porque léjos de esto, los sujetó á nueva y más dura esclavitud, comenzando por herrarlos y acabando por convertirlos en ilotas. En todo caso, si algo se hizo para suavizar la triste suerte de los vencidos y de los subyugados, no fué hecho por los hombres de armas, sino por los frailes, por aquel Las Casas, por aquel Gante, por aquel Martin de Valencia, verdaderos padres de la civilizacion cristiana en aquellos tiempos oscuros. Así pues: Her-

nan Cortés, fué un protegido de la fortuna, pero no fué un héroe. Veamos si lo fué Cuauhtemoc.

—“¿Pero qué cosa es un héroe?” se pregunta á sí mismo el gran orador mexicano Ignacio Ramirez, en su inimitable discurso del 16 de Setiembre de 1867. Y se responde: —“Es el hombre que sabe que el derecho de morir se compra con grandes servicios á la humanidad, y que el suicidio de Caton fué sublime porque nada le quedaba que hacer por la República; es el hombre que sabe que las naciones nacen en una victoria, y si sucumbe, es el Satan que lucha todavía porque el Eden de las naciones es el progreso, y si la espada de un ángel defiende el paraíso, solo otra espada podrá abrirse paso burlando la tiranía del Destino. El hombre que así vive, cuando muere, perdiendo lo que tiene de finito, queda por sus obras como una manifestacion creciente de poder, de ciencia y de gloria, hasta recibir su apoteosis de la poesía y del agradecimiento de los pueblos.”

Ramírez queria retratar á Hidalgo, el creador de la nueva patria; pero retrató tambien á Cuauhtemoc, el defensor de la patria antigua.

En efecto: ¿qué mayor servicio prestado á la

humanidad para comprar el derecho de morir, que el de defender á la patria tan valientemente, como lo hizo aquel sublime jóven general á quien Prescott califica de *feroz monarca*, pero á quien los griegos habrian consagrado un templo, así como los mexicanos le consagran una estátua.

Estúdiese su historia, conózcanse sus hechos en las cartas mismas de Cortés, en la narracion de Bernal Diaz, en el relato indio aunque mutilado de Sahagun, en el Proceso de Cortés, y se verá surgir de todo ese conjunto, sin esfuerzo ninguno, al héroe, al héroe por su valor y por su honor, al héroe sin mancilla, al que ántes que Bayardo y con más razon que éste, pudo ser llamado el *guerrero sin miedo y sin tacha*. Donde quiera que se ponen en parangon Cuauhtemoc y Cortés, el resplandor del héroe alumbrá la bajeza del aventurero. En el sitio de México, en el tormento de Coyoacan, en el asesinato del caudillo mexicano, en todas partes Cuauhtemoc es el héroe, y Cortés el bandido. Diríase que el Destino habia querido adrede poner en contraste la grandeza del ánimo heroico con la pequenez del miserable afortunado.

En el sitio de México, todo el heroismo está

de parte de Cuauhtemoc. Para convencerse de ello, no hay más que leer la tercera carta de Relacion de Cortés y la narracion de Bernal Diaz. Queriendo estos dos vencedores realzar sus propias hazañas, se vieron obligados á hacer el panegírico más completo de la grandeza del jefe vencido.

Nuestro Clavigero resume así la situacion de los sitiados: "Ya no tenian, dice, los españoles qué temer por la parte de tierra firme, y Cortés se hallaba con tan excesivo número de tropas, que hubiera podido emplear en el asedio de México más gente que la que Jerjes envió contra Grecia, si por causa de la situacion de aquella capital, no hubiese servido de embarazo más bien que de provecho tan gran muchedumbre de sitiadores. Los mexicanos, por el contrario, se hallaban abandonados por sus confederados y por sus súbditos, rodeados de enemigos y affigidos por el hambre. Tenia aquella desventurada corte contra sí, los españoles y el reino de Acolhuacan; las repúblicas de Tlaxcala, de Huexotzinco y de Cholula; casi todas las ciudades del valle de México; las numerosas naciones de Totonacas, Mixtecas, Otomites, Tlahuicas, Coahuicos, Ma-